

LAS HUELLAS DE DARWIN EN LA ARGENTINA

Héctor A. Palma



LAS HUELLAS DE DARWIN EN LA ARGENTINA

Héctor A. Palma

Esta publicación ha sido compaginada gratuitamente desde el sitio www.teseopress.com



Palma, Héctor Aldo

Las huellas de Darwin en la Argentina / Héctor Aldo Palma. – 1a ed. – Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Héctor Aldo Palma, 2016.

Libro digital, DOC

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-42-0996-2

1. Época de Rosas. 1829-1852. 2. Historia Argentina. 3. Historia de la Ciencia Argentina. I. Título.

CDD 982

Este libro fue compaginado desde [TeseoPress](#).

Índice

1. La metáfora evolucionista en el siglo XIX
2. Darwin en la pampa argentina
3. Darwin en la Tierra del Fuego
4. Darwin y los argentinos
5. La eugenesia en la Argentina
6. La "evolución" en el periodismo científico
7. Referencias bibliográficas

La metáfora evolucionista en el siglo XIX

1. Los distintos Darwin y la complejidad del "darwinismo".

Evaluar el trabajo de Charles Darwin (1809-1882) y sus repercusiones no es tarea sencilla, no sólo por sus implicancias científicas, culturales y filosóficas, lo cual ya de por sí amerita estudios de enorme complejidad y alcance, sino también porque esas repercusiones han dado origen a variadas y contradictorias opiniones, sin contar con que, seguramente debe ser el científico sobre quien más se ha escrito.

Si dejamos de lado por ahora la breve pero magnífica autobiografía que el inglés escribiera solo para uso privado de sus hijos y que luego de su muerte uno de ellos publicara, las biografías disponibles se interpelan entre sí. Hay estudios psicológicos importantes como el que realiza Howard E. Gruber (1974) que analizó con toda minuciosidad los cuadernos de notas y la correspondencia de Darwin (además de los textos científicos publicados), para tratar de determinar los momentos en que Darwin va concibiendo los principales conceptos e ideas de su teoría. Además. Gruber trata de explicar, en términos del contexto y con mucha y variada documentación respaldatoria, ciertos repa-

ros que Darwin tenía en publicar su libro más importante. Algo más especulativa es la interpretación psicoanalítica de Phyllis Greenace (1963), que le diagnostica a Darwin una profunda neurosis, aunque, llamativamente, reconoce la escasa influencia de esta patología en la obra del naturalista. También hay biografías más descriptivas y formales y bien documentadas, como la clásica de J. Huxley y H. Kettlewell (1965) o noveladas como la de I. Stone (1980).

Además hay interpretaciones sociológicas que minimizan el papel del científico y lo ubican como un mero traductor biológico del *laissez faire* del siglo XIX, posición compartida tanto por el biólogo E. Radl (1909) como por el historiador J. Bernal (1954). Sostienen que la repercusión casi inmediata de la teoría de Darwin se debió a que reflejaba (y daba, además, apoyo ideológico) a las ideas del liberalismo inglés de su época y lo signaron como el inspirador y justificador biológico de las más funestas intervenciones de los Estados poderosos en su aventura imperialista. Es relativamente fácil encontrar cierta correlación entre ambas circunstancias, pero se trata de una lectura exageradamente simplificada de la historia, por tres razones: en primer lugar, otorgar un excesivo y decisivo peso a esa circunstancia merece injustamente el enorme mérito científico (tanto teórico como referido a la monumental recolección de datos y observaciones) del trabajo de Darwin, reconocido repetidamente por sus pares; en segundo lugar porque no tiene en cuenta el hecho también abundantemente documentado de que debió enfrentar una enconada oposición de algunos sectores científicos y sobre todo de sectores conservadores religiosos, curiosamente y sobre todo, en aquel aspecto de la teoría que más aparece como funcional a la versión liberal gladiatoria de la sociedad (la selección natu-

ral); y en tercer lugar porque se trata de una versión demasiado conspirativa y lineal de la historia, sin matices, y que pretende establecer relaciones causales –entre la ciencia como producto y el contexto histórico- algo forzadas y deterministas.

Como si lo dicho fuera poco, además de lecturas psicologistas y sociologistas, abundan las que podríamos denominar historiográfico-epistemológicas que ponen el acento, algunas, en las continuidades con científicos anteriores devaluando el aporte darwiniano, y otras marcando el gran mérito inigualable del inglés (véase Alvargonzález, 1996).

Por el lado de los primeros, de los continuistas, hay tres elementos que suelen blandirse como argumentos. En primer lugar el conocido episodio en que Alfred R. Wallace (1823-1913) le envía una carta a Darwin, en 1858, pidiéndole su opinión sobre una idea que había tenido a propósito del origen de las especies. Sorprendentemente, Wallace proponía una explicación increíblemente similar a la de Darwin y a la cual había llegado, obviamente, en forma independiente. Luego de eso, Darwin prepara un breve resumen de su trabajo y lo lee, junto con el de Wallace en la Linnean Society of London en 1858 y al año siguiente publica su obra más importante: *On the Origin of Species by Means of Natural Selection or the Preservation of Favored Races in the Struggle for Life*, conocido más comúnmente como *El Origen de las Especies* (en adelante *El Origen*). Este episodio, y otros de descubrimientos independientes, sirven de ejemplo a los que suelen argumentar que las ideas y teorías científicas no son más que el resultado o el reflejo de determinaciones sociales. Por eso, dos o más científicos, de manera independiente, pueden arribar a las

mismas conclusiones. No avanzaré en dilucidar la cuestión, sobre la cual mucho se ha escrito. Solo mencionaré que el término "darwinismo" fue acuñado por Wallace para dar nombre a un libro en que explicaba la teoría de la evolución, reafirmando, de paso, su renuncia a la copaternidad de la teoría y el reconocimiento, muchas veces hecho explícito, de la prioridad no solo cronológica sino epistémica de Darwin.

Estas líneas de análisis también reivindican a los evolucionistas predarwinianos como Jean Baptista de Monet caballero de Lamarck (1744-1829), al propio abuelo de Darwin, Erasmus Darwin (1731-1802), a Georges Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788) y Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832). Incluso, suelen mencionarse como antecedentes más precisos de la idea de Darwin, aparecidos mucho antes de 1859. En primer lugar un trabajo de 1818 de W. Ch. Wells, titulado "An Account of a female of the white race of mankind parts of whose skin resembles that of a negro, with some observations on the causes of the differences in color and form between the white and negro races of man" y luego, un apéndice de la obra de Patrick Matthew (1790-1874), de 1831, "On Naval Timber and Arboriculture". El texto de Wells es asombrosamente claro:

"Aquellos que se dedican a la mejora de los animales domésticos, cuando se encuentran individuos que poseen, en mayor grado que otros, las cualidades que buscan, aparean un macho y una hembra, después seleccionan a sus mejores crías como paridoras y sementales, y continúan actuando de este modo hasta llegar tan cerca de sus objetivos como la naturaleza lo permita. Pero lo que en este caso ocurre por artificio, parece ocurrir, con la misma eficacia, aunque más len-

tamente, en la naturaleza, en la formación de las variedades humanas, adaptadas al país que habitan.” (resaltado nuestro).

Como quiera que sea, una idea esbozada en unas pocas páginas en un apéndice de un libro sobre construcción naval y arboricultura, y una breve mención circunstancial en un trabajo sobre patología de la piel, muestran claramente el poco valor que sus autores le han dado para explicar procesos de la envergadura del origen de la diversidad biológica en el planeta. Más allá de las casualidades y similitudes, en ciencia no se trata solo de la idea, sino de relacionarla claramente con una amplia base empírica, comprender su alcance, ubicarla en el contexto más amplio de los saberes acerca de la naturaleza y vislumbrar sus posibilidades en prospectiva.

2. El Origen de las Especies

La publicación de *El Origen* en 1859, una de las dos grandes obras de Darwin, cambió no solo la biología, sino nuestra forma de ver el mundo. Algunos años después Sigmund Freud (1856-1939) señalaría, con poca modestia, que la humanidad había soportado tres heridas “a su ingenuo amor propio”:

“(...) esta afrenta se asocia al nombre de Copérnico, aunque ya la ciencia alejandrina había proclamado algo semejante. La segunda (...) se ha consumado en nuestros días bajo la influencia de Darwin, Wallace y sus predecesores, no sin la más encarnizada renuencia de los contemporáneos. Una tercera y más sensible afrenta, empero, está destinada a experimentar

hoy la manía humana de grandeza por obra de la investigación psicológica; esta pretende demostrarle al yo que ni siquiera es el amo en su propia casa, sino que depende de unas mezquinas noticias sobre lo que ocurre inconscientemente en su alma”.

Pero la primera es, en buena medida, una construcción de los historiadores pues en su momento se trató de una discusión entre unos pocos especialistas y, en el fondo, no habla de la condición humana. La tercera^[1], que Freud se atribuye a sí mismo no acabó teniendo el fundamental y universal papel que su autor creyó y pasó a ser un aporte parcial al conocimiento de la psiquis humana. La verdadera herida narcisista fue la segunda- la de Darwin-, al “reducir a la nada el supuesto privilegio que se había conferido al hombre en la Creación, demostrando que provenía del reino animal y poseía una inderogable naturaleza animal”. Por eso la teoría darwiniana de la evolución resulta también el punto clave de una revolución cultural y antropológica y se ubica en el centro de una compleja y extendida trama de consecuencias extraordinarias, refractaria a cualquier lectura simplista.

“Darwinismo”, por su parte, es una expresión que ha adquirido una inusitada polisemia. Mayr (1991) encuentra nueve usos distintos del término “darwinismo” a lo largo de diferentes periodos: como “la teoría de la evolución de Darwin”; como sinónimo de “evolucionismo”; como “anti-creacionismo”; como una “antiideología”; como “seleccionismo”; como “evolución variacional”; como el “credo de los darwinistas”; como una “nueva visión del mundo” y como una “nueva metodología”. Aquí podría agregarse el

concepto equívoco de “darwinismo social”, sobre el que volveremos luego.

Esta polisemia no es artificial sino que responde al tratamiento de una cuestión que adquiere múltiples dimensiones y que resulta inédita en la historia de la ciencia por sus implicancias filosóficas y antropológicas. Y esto resulta así porque la teoría de la evolución biológica se ubica en la trama de los saberes en un punto clave: es una teoría de las ciencias naturales, pero resulta un fundamento insoslayable para decir algo sobre lo que somos los humanos, nuestras conductas, nuestra forma de organizarnos y, sobre todo sobre nuestra autoconciencia.

3. El evolucionismo (social)

Pero también la idea de “evolución” es sumamente compleja en sí misma. El siglo XIX es un siglo evolucionista, la metáfora de la evolución resulta el marco de comprensión de los fenómenos naturales y sociales. El concepto “evolución” refiere, entonces tanto al cambio social e histórico como a la evolución biológica. Probablemente, dado que el primer aspecto ha caído en el olvido y el descrédito en el campo de las ciencias sociales y solo queda en pie la evolución biológica, se caiga en el error de comenzar a desenredar el ovillo conceptual desde el análisis del darwinismo, cuando habría que partir del análisis de la complejidad de la idea de evolución, sobre todo porque las distintas formas de entenderla hay tensiones y diferencias, cuando no contradicciones.

Es bastante corriente el error de suponer que el evolucionismo social decimonónico era simplemente la adaptación de las ideas del evolucionismo biológico, especialmente de Darwin, al estudio de las instituciones sociales y

al decurso de las culturas. Una muestra obvia de este error es que las obras principales que contribuyeron a consolidar la idea del evolucionismo social son anteriores a la publicación de la teoría de Darwin en 1859, incluso algunas obras que aparecieron poco después, claramente no abrevan en la evolución biológica y son resultado de estudios anteriores e independientes. Más allá de esto, la cuestión de fondo atañe a la complejidad de la metáfora evolucionista en los distintos campos y abordajes.

El sentido de *evolución* ligado a la premisa del progreso, estigma de la modernidad, cobra en el siglo XIX una fuerza inusitada y omnipresente y se transforma en una de las grandes metáforas articuladoras de la realidad social. Autores clásicos como G.H. Hegel (1770-1831), A. Comte (1798-1857) y K. Marx (1818-1883) (a quienes pertenecen respectivamente los párrafos que siguen), por señalar a los más importantes, se expresan inequívocamente en un sentido evolucionista.

“El principio de desarrollo supone también la existencia de un germen latente del ser- una capacidad o potencialidad- que lucha por realizarse. Esta concepción formal encuentra existencia efectiva en el espíritu, que tiene la historia del mundo como teatro propia, posesión privativa y esfera de su realización. No es propio de su naturaleza el agitarse de aquí para allá entre el juego superficial de accidentes, sino que es propiamente el árbitro absoluto de las cosas, completamente inmovible a las contingencias que, por cierto, aplica y manipula para sus propios fines.” (citado en Nisbet, 1976, [1985, p. 161]^[2])

“El verdadero espíritu general de la dinámica social consiste, pues, en concebir cada uno de los estados sociales co-

mo resultado necesario del precedente, y el móvil indispensable del siguiente, de conformidad con el axioma de Leibniz: el presente está preñado de futuro. En este aspecto, el objeto de la ciencia es descubrir las leyes que gobiernan esta continuidad." (citado en Nisbet, 1976, [1985, p. 161])

"Ningún orden social desaparece antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que puede albergar, y las nuevas y superiores relaciones de producción jamás aparecen antes de que las condiciones materiales de su existencia hayan madurado en el seno de la vieja sociedad." (citado en Nisbet, 1976, [1985, p. 161])

Sea como el desarrollo de la razón, como el pasaje por los tres estadios (religioso, metafísico y positivo) sea como la lucha de clases a treaves de distintos modos de producción donde subsisten explotadores y explotados, la metáfora evolucionista aparece por detrás de distintas ramas del saber y no solo en teorías estrictamente filosóficas o sociológicas en los estudios de la estructura y funcionamiento de la sociedad contemporánea, sino también en los abordajes de las culturas pasadas, y sobre todo para explicar la relación contemporánea entre las distintas culturas. El antropólogo L. W. Morgan (1818-1881) formuló una teoría de la evolución social que subrayaba la importancia de los factores tecnológicos en la sociedad y sus cambios. Creía en la existencia de etapas evolutivas definidas, por las que han de pasar los hombres en todas las culturas. Sostenía que la humanidad había pasado por periodos similares porque las necesidades humanas en circunstancias análogas han sido las mismas así como el funcionamiento de la mente es uniforme a través de las diferentes sociedades humanas. Ha tenido gran influencia su periodización del avance cultural

en tres etapas: salvajismo, barbarie y civilización. Decía Morgan:

“Cuando es innegable que una parte de la familia humana ha existido en un estado de salvajismo, otra parte, en un estado de barbarie y todavía otra en un estado de civilización, parece igualmente que estas tres condiciones distintas están conectadas entre sí en una secuencia de progreso tan natural como necesaria. Es más, esta secuencia ha sido históricamente confirmada con respecto a toda la familia humana, hasta la categoría alcanzada por cada rama, respectivamente, se hace probable por las condiciones en las que se manifiesta todo el proceso, y por el avance conocido de diversas ramas de la familia a través de dos o más de estas condiciones” (Morgan, 1877, p. 3)

En el mismo sentido se expresaba otro antropólogo evolucionista, E. Tylor (1832-1917):

“(…) la tesis que me atrevo a defender- dentro de unos límites- es simplemente esta: que el estado salvaje representa en cierta medida una condición primitiva de la humanidad, de la que se ha desarrollado o evolucionado gradualmente la cultura superior, mediante procesos que siguen funcionando regularmente lo mismo que antaño (...) Que la tendencia de la cultura ha sido similar a lo largo de la existencia de la sociedad humana, y que podemos juzgar justamente con base en su curso histórico conocido cuál puede haber sido su curso prehistórico, es una teoría que goza claramente de derecho de prioridad como principio fundamental de la investigación etnográfica.” (Citado en Timasheff, 1977, p. 71)